

y en las enormes rocas pardas, que asomaban por entre las olas, creía ver otras tantas agujas gigantes, colocadas allí, para señalar las horas solares en el inmenso cuadrante azul.

EL RASTREADOR.

I.

LUZ LA CIGARRERA.

En una hermosa mañana del estío de 1814, un viajero montado en un caballo, que á pesar de los espolazos, no avanzaba mas que á pasos lentos, se encaminaba silvando, hácia el pueblo de Púcuaro, situado en el Estado mexicano de Valladolid. Ya podía descubrir las casas iluminadas por los primeros rayos del sol. Solo al ver el encuentro y ancas del caballo bañados de sudor, y los vestidos cubiertos de polvo, del jinete, se adivinaba que ambos acababan de caminar muchas leguas á marchas forzadas. El solitario jinete era un jóven de elevada estatura y de vigorosa constitucion; habria podido pasar por un

buen mozo, si unas cejas espesas y de un negro de azabache, no hubiesen dado una expresion siniestra á su fisonomía, en que se notaba una audacia muy militar. Este jinete de gallarda apostura era un cierto Berrendo, en cuya casa, debia encontrar la hospitalidad muchos años despues, al detenerme en un pueblo inmediato á San Blas, antes de llegar á las orillas del mar Pacífico. En la época en que empieza esta relacion, Berrendo, que llevaba entonces su verdadero nombre de Luciano Gamboa, era uno de los soldados mas audaces del ejército insurgente de México, y su historia, que me limito á reasumir aquí, segun sus recuerdos, nos muestra la guerra de independencia en uno de los momentos mas críticos.

El pueblo de Púcuaro, hácia el cual se dirijia Berrendo, habia llamado bajo diversos motivos la atencion de los mexicanos y de los españoles, en el curso de 1814. Allí fué donde á consecuencia de un encuentro sangriento con las tropas realistas, el hermano del general D. Ignacio Rayón, D. Ramon, se habia retirado con cien hombres, poco mas ó menos, los únicos que habian podido abandonar, bajo sus órdenes, el campo de batalla: pero, cosa singular, se habia perdido el

rastró de D. Ramon y de su escolta, desde la época de su entrada en Púcuaro; nadie podia decir si habían salido del pueblo, y sin embargo, nada indicaba su presencia en él. Era probable que solo habían atravesado Púcuaro, y que se habían alejado furtivamente, y sin conocimiento de los habitantes; pero ¿á dónde se habían dirigido? Era esta una cuestión que preocupaba, tanto á los guerrilleros mexicanos, como á los generales españoles, que atormentaba, sobre todo, á D. Ignacio Rayon. Deseoso de verificar su union con su hermano, aquel se ocupaba en explorar y mandar correos en todas direcciones en el Estado de San Luis Potosí, aunque inútilmente, cuando Berrendo se encargó á su turno de descubrir el inacecible retiro de la tropa que había desaparecido de un modo tan singular. Esta mision difícil era la que lo conducia por el camino de Púcuaro, en donde lo hemos encontrado descubriendo las primeras casas del pueblo, y espoleando á su fatigado caballo, con el fin de llegar pronto y sin contratiempo.

Berrendo se alegraba ya de tocar al término de su viaje; mas las banderolas de un regimiento de lanceros españoles, el regimiento de Navarra, que distinguió

flotando á lo lejos en el llano, hicieron cambiar repentinamente el curso de sus pensamientos. Los lanceros se dirijian al punto por donde él iba, y en su calidad de insurgente, el ginete tenia excelentes motivos para no desear su encuentro. Se hallaba precisamente en un lugar del camino, en donde una enorme encina, cuyo tronco habían ahuecado los años, extendia sus inmensas ramas al pié de una cadena de rocas, cuya cima se ensanchaba gradualmente formando una elevada colina. El ginete pensó que un insurgente figuraria muy bien en una de las ramas de la encina, y esta reflexion aumentó su disgusto. Repentinamente observó Berrendo una yedra, casi tan vieja como la encina, que despues de haber cubierto un lado del tronco, caia formando una cortina, de un color verde oscuro, cuyos pliegues se adaptaban á las fragosidades de las rocas. Cediendo á una repentina inspiracion, echó pié á tierra, levantó la cortina de yedra y arrojó un grito de alegría: aquella cortina ocultaba la entrada de una gruta oscura, por la que podia pasar fácilmente un caballo. Estirar éste y arrojarse tras la cortina de yedra, fué para el ginete obra de un momento. Sin embargo, apenas estuvo en la gruta, cuando

Berrendo se arrepintió de haber buscado en ella un asilo. Unos ruidos terribles é inesplicables se escuchaban en lo interior del subterráneo. Mas allá del rayo de luz que dejaba filtrar el follage de yedra, una profunda oscuridad extendia ante sus pasos un velo impenetrable. Le parecía escuchar en el seno de aquellas espesas tinieblas, un ruido sordo como los de las alas de los grandes vampiros de algunos bosques de México, ó el resuello poderoso de algun gigantesco animal: colocado entre los peligros, el jinete permaneció inmóvil y poseído de la mayor angustia, esperando con viva impaciencia el momento en que podría abandonar la caverna.

Desgraciadamente aquel instante debia prolongarse por mas tiempo del que habia calculado. Los lanceros españoles habian hecho alto muy cerca de la encina, y el jinete oia el eco de las voces, que se mezclaba á los extraños rumores del subterráneo. Era como una amenaza por todos lados, que no le permitia avanzar en la gruta ni salir de ella. Una hora, verdaderamente mortal, pasó de esta manera, cuando el insurgente creyó escuchar un rugido ronco que, lo espantó de tal manera, que prefiriendo el enemigo la

carne y hueso, á los huéspedes terribles que parecia abrigar la gruta, se lanzó fuera de ella. El camino se hallaba libre, y Berrendo pudo continuar su viaje. En menos de dos horas llegó á Púcuaro, y solo entonces creyó poder respirar con libertad; pero no contaba con otro encuentro.

Atravesando la calle principal de Púcuaro para dirigirse al meson en donde debia pasar la noche, el guerrillero distinguió en el umbral de una casita, separada de las demas por un estrecho jardín, á una jóven sentada en un *petate*, con las piernas cruzadas á la manera mexicana, y ocupada en torcer cigarros. Su cabeza, el óvalo gracioso de su rostro, así como sus hombros, se hallaban cuidadosamente *tapados* con un rebozo de algodón, de fondo blanco con listas azules. La jóven dirigió al jinete una rápida mirada, que éste no observó, y cuando comenzó á verla con atencion, tenia ella los ojos bajos. El jinete no pudo distinguir mas que dos bandas de cabellos negros, alisados sobre una frente tersa y pulida como el marfil. De los pliegues de su traje salian dos piés pequeños, sin medias y calzados con zapatos de raso negro, y el rebozo de la jóven dejaba descubiertas las manos pe-

queñas y blancas, cuyos dedos ágiles y afilados, torcían cigarros con mucha detreza y gracia.

—¡Virgen santa! creo que voy á decir una porcion de cosas á esa preciosa muchacha.

Y como la timidez no parecia ser el defecto capital del ginete, se quitó el sombrero con la mayor cortesía, y tocó con las rodajas de sus espuelas de fierro la barriga de su corcel: éste, obediente á la rienda, concluyó casi en el umbral de la puerta, una de sus mas elegentes corvetas. Esta maniobra fué tan imprevista, y las manos del caballo llegaron tan cerca del lugar en donde estaba la jóven, que ésta no pudo contener un grito de espanto, é hizo un movimiento repentino. Deslizóse el rebozo de la cabeza á los hombros, y de éstos al petate. Entonces vió Berrendo un rostro encantador, y los contornos de sus hombros de una blancura deslumbradora; pero el que poco antes creia tener mil cosas que decir, no encontró una sola palabra que murmurar: quedóse, pues, deslumbrado y mudo. Solo recobró el uso de la palabra, cuando el rebozo, vivamente colocado en los hombros y en la cabeza de la hermosa mexi-

cana, ocultó de nuevo todo cuanto por un momento habia descubierto.

—Vd. dispense, señorita, exclamó el ginete, vd. dispense el susto que le he causado; pero extrangero en este pueblo, necesito saber si hay alguna posada, y Dios permita que no la haya!

—¡Por qué! preguntó la jóven con una voz tan armoniosa como el canto del *centzonztle*, mi señor mexicano.

—Por que le suplicaria á vd. entonces que me concediera la hospitalidad.

—¡Sí! hé, dijo la jóven dirijiéndole una soberbia mirada. ¡Piensa vd. que está abierta nuestra casa para el primero que se presente! Además, de que hay una posada que no está mas que á dos pasos de distancia.

La jóven se levantó, despues de haber colocado en el rebozo los cigarros que habia torcido, y desapareció detras de la puerta de la casa, marchando con un garbo que hacia lucir su esbélto talle, y su bien formado cuerpo.

—¡Caramba! si no está D. Ramon en Pácuaro, creo que no lo encontraré jamas, pensó el jóven; porque nunca podré resolverme á abandonar el pueblo que encierra este tesoro de juventud y de belleza.

Y llegó al *meson* con el corazón turbado por aquél encuentro. Ya instalado en la posada, reflexionó que era preciso pensar en su misión; mas para llevarla á buen fin, tenía que tomar algunas medidas precautorias. Púcnaro no parecía estar por la independencia, y un cuerpo de ejército español, se hallaba acampado en las inmediaciones. Berrendo reflexionó por qué medios podría obtener los informes que deseaba, sin comprometerse, ni comprometer á D. Ramon.

Después de una comida frugal en el *meson*, Berrendo no tuvo otra cosa mas urgente que buscar un pretexto, para volver á ver á la jóven de los cigarros. Pensó que tal vez podría confiarle el objeto de su misión. Dirigióse, pues, á la casa, que se hallaba á poca distancia de la posada. Todas las puertas se estaban cerradas desgraciadamente, y los ladridos de un perro, que habian dejado en lo interior, respondieron únicamente á los repetidos golpes dados á la puerta. Obligado á renunciar á su proyecto por aquel día, Berrendo se dirigió á una *nevería*, con la esperanza de que entre los concurrentes á esos establecimientos, recogería algunos informes que lo satisficiesen. Era una tarde calurosa, así es que la *nevería*

estaba llena, y Berrendo se sentó, mas ocupado en escuchar lo que decian á su derredor, que en terminar el vaso de nieve canela que le habian servido. No fueron vanas sus esperanzas; hablaban de los negocios de la época, y muchas veces pronunciaban el nombre de D. Ramon Rayon, con cierta ironía, de un modo burlesco.

Un solo individuo, de los que se encontraban en la *nevería*, parecía completamente extraño á cuanto decian en su derredor: su traje en nada diferia del de los demas concurrentes; en cuanto á su fisonomía era difícil distinguirla en la parte interior de la *nevería* que se hallaba muy oscura, porque de su frente, apoyada en sus dos manos, colgaban largas mechas de cabellos, como las ramas de un sauce destrozadas por la tempestad, cubriendo á medias su rostro. De cuando en cuando Berrendo sorprendia unos ojos ardientes, fijos en él.

—¿Qué ha pasado por aquí D. Ramon? preguntó Berrendo á uno de los personajes que acababan de pronunciar el nombre del guerrillero.

Fingió sorprenderse con la noticia del paso de D. Ramon por Púcnaro. Antes que hubiesen contestado á Berrendo, el

desconocido fijó en él sus ojos con desden é ironía; en seguida se levantó, pagó el gasto que había hecho y salió.

—Sin duda, respondieron á Berrendo, hay en la iglesia personas, que si quisieran, podrian decir lo que le ha sucedido al *profanador de los sepuleros*.

¡Una profanacion! ¡Sepuleros violados! estas eran extrañas revelaciones para Berrendo. Quiso saber mas: le dijeron que podia dirijirse á los dependientes de la iglesia. A la caída de la tarde, Berrendo se encaminó á la iglesia, é iba á pasar el umbral, cuando una forma ligera y esbelta, pasó al lado de Berrendo, que no tuvo trabajo en reconocer á la jóven, en quien no había cesado de pensar. Salía de la iglesia, y Berrendo se apresuró á presentarle con galantería agna bendita con los dedos, lanzándole una mirada apasionada y diciéndole en voz baja:

—¡Felices los ojos que ven dos veces en un dia á un ángel del cielo! y le doy las gracias por haber vuelto á encontrar á vd.

La jóven se ruborizó, y no contestó una palabra; pero una anciana que caminaba tras ella, se encargó de la respuesta.

—Esa es una felicidad muy egoista, dijo con áspero tono, por que es vd. el úni-

co que participa de ella. Siga vd. su camino, y déjese de decir mentira.

—Vd. dispense, señora, dijo Berrendo; ¿me daria vd. el gusto de darme algunos informes sobre D. Ramon Rayon?

—Váyase vd. y D. Ramon al infierno, contestó con viveza la anciana, llevándose á su hija: nosotras no tratamos con insurgentes.

Apenas la anciana había pronunciado estas palabras, cuando la jóven se hallaba ya á lo lejos, y Berrendo sin desconcertarse, siguió con la vista á la encantadora mexicana, hasta el momento en que desapareció. Entonces reflexionó que debia tomar informes por otra parte, y el espectáculo que repentinamente se ofreció á su vista, no tardó en disipar sus amorosas visiones. Cuando penetró en aquel lugar santo, el crepúsculo no alumbraba mas que á medias el interior de la nave, de donde se exhalaba un hedor extraño y fétido. Avanzó, pues, y entonces comprendió fácilmente las alusiones de los concurrentes de la *nevería*. Las enormes losas de las sepulturas se hallaban levantadas, y arrojadas, unas enteras, y las otras rotas, cerca de los sepuleros que habían cubierto. Sin embargo, no comprendia bien el objeto de aquella profanacion,

y buscaba con la vista alguna persona á quien dirigirse para saberlo. La iglesia estaba desierta y sombría; aquellas sepulturas abiertas, en cuyo fondo no se atrevía á mirar Berrendo por el temor de encontrar monstruosos despojos, la hora avanzada y aquel olor incomprensible, todo le inspiraba un vago temor, que se tornó en una emoción muy diferente, cuando creyó ver levantarse del fondo de una de aquellas tósas una forma humana, ó mas bien la sombra de un muerto.

Berrendo no acostumbraba temblar delante de los vivos; tampoco temia á los muertos en un campo de batalla; pero bajo la impresion de las ideas, que entonces lo preocupaban, no pudo contener un movimienso de espanto, del que no tardó en avergonzarse, con tanta mas razon, cuanto que resonó en sus oidos una irónica carcajada. Adelantóse bruscamente hácia el individuo que se entregaba con tanta franqueza á su buen humor; la sombra se dibujó con mas claridad, y entonces reconoció á su vecino de la *nevería*. Su ojo único (era tuerto) brillaba con el fuego de la ironía, que Berrendo habia observado ya otra vez. Sus largos cabellos, orgullosamente arrojados detras de las orejas, dejaban descubierta una frente enér-

gica y un rostro de facciones muy marcadas; una boca y un ojo que describian la sagacidad, la calma y la firmeza; su tez se hallaba tan tostada, que podia dudarse si pertenecia la raza blanca. En una palabra, habia entre el hombre que Berrendo habia visto poco antes, y el que se le apareció repentinamente, el contraste asombroso del indio salvaje que no reconoce superior en la naturaleza, con el indio de las ciudades, embrutecido por la servidumbre.

—¿Y quién es vd? le preguntó el jóven colérico.

—Mire vd., en eso nos diferenciamos vd. y yo, respondió el desconocido con calma; vd. no sabe quién soy, y yo sí sé quién es vd.; un amigo de D. Ramon; y anda vd. buscando en vano su *pista*.

—¿Quién se lo ha dicho á vd? preguntó Berrendo con vivacidad, despechado al ver que tan bien habia adiviaado sus proyectos.

—Su indiferencia mal disimulada, para mí por lo menos, en sus preguntas respecto de D. Ramon, en la *nevería*. El desagrado que ahora se está descubriendo en su fisonomía, me hace creer que no he errado, y que ha venido vd. á esta iglesia, para ver á las personas de que le han ha-

blado, como las únicas que podían, si querían, decir á vd. en dónde se halla el individuo que anda vd. buscando. Esas gentes, son los muertos, cuyos sepulcros se han registrado. Pregúnteles vd. ahora, si es que comprende su mudo lenguaje: vd. que no ha sabido hacer hablar á los vivos.

Estas singulares palabras, pronunciadas con gravedad, introdujeron la duda en los pensamientos de Berrendo. No sabía si debía callar la verdad ó fiarse de aquel desconocido. Decidióse por lo segundo, y cuando confesó el objeto real de sus investigaciones, añadió:

—¿Y á vd. le han manifestado los muertos, lo que los vivos no han podido decirme?

—Sí, contestó el desconocido sonriéndose. Seria poco digno de la profesion que ejerzo y del nombre que llevo, si no supiera encontrar las huéllas de los que busco mas que con el auxilio de las señas de los vivos en el terreno. Descienda vd. como lo hice yo, al fondo de estas sepulturas, y la mampostería recientemente raspada alrededor de estas osamentas, le indicará á vd. lo que vino á hacer aquí D. Ramon.

En efecto, el partidario en su entusias-

mo por suscitar enemigos á España, y con el fin de buscar los medios de destruirla, habia ido á buscar hasta aquellas bóvedas fúnebres el salitre producido por la humedad subterránea.

—Y bien, ¿eso le indicó á vd., preguntó Berrendo, en dónde está D. Ramon, y cómo pudo desaparecer tan misteriosamente con su tropa?

—Sin duda. ¿Qué es lo que con mas ansia debe procurarse ahora, puesto que no ha respetado el reposo de los muertos? Salitre para hacer pólvora y un asilo seguro.

Berrendo convino en la incontrastable realidad de aquella conjetura, en apariencia al menos.

—Ayer, añadió el desconocido, buscando en el campo alguna huella, por la que pudiese reconocer el paso de D. Ramon, al cual, sea dicho entre nosotros, llevó un mensaje de su hermano D. Ignacio, he oido rumores sordos, como los que se escuchan en la boca de un volcan; he visto en la falda de la colina elevarse una ligera nube de humo, y creí que aquellos rumores sordos, eran el eco de la marcha lejana de un cuerpo de caballería español que salia de Púcuaro. Atribuí el humo de la colina á la hoguera de algun

pastor invisible; pero las exploraciones hechas en los sepulcros me revelaron la verdad. Los rumores subterráneos son producidos por una reunión de hombres que debe cubrir la falda de la colina; el humo que tomé por el de la hoguera de un pastor, es el que se escapa por las hendiduras del terreno. Así, pues, D. Ramon debe estar ocupado en esa caverna en fabricar pólvora con el salitre que ha recogido; lo juraría, aunque no haya visto en la colina ninguna apariencia de indicacion subterránea, y la encontraré.

La sagacidad de aquel desconocido causó admiracion á Berrendo, porque el recuerdo de la caverna, cuya entrada le habia hecho descubrir el acaso, se le presentó inmediatamente á la memoria, al mismo tiempo que la admiracion, una viva simpatía se despertó en el corazon por el compañero del jóven que la casualidad le deparaba.

—¡A fé de caballero! exclamó Berrendo, presentando su mano al desconocido, me consideraría feliz con ser amigo de un hombre tal como vd.; mi nombre es Luciano Gamboa. ¿Cuál es el de vd.?

—El mio es Andrés Tápia, para servir á vd., á pesar de que casi lo he olvidado. El que me dan ordinariamente es el de

Rastreador, aunque hablando con verdad, yo sé tan bien leer en el corazon del hombre sus mas secretos pensamientos, como encontrar en el terreno húmedo ó seco, en la yerba de los prados ó en el musgo de los bosques, las huellas que conservan. En seguida, como para dar á Berrendo una idea de su penetracion, añadió:

—¿Qué noticia tiene vd. que darne?

—Puedo anunciarle que sus conjeturas son verdaderas, á lo menos en cuanto á la existencia de una caverna cerca de aquí. La casualidad me ha hecho descubrirla esta mañana, y si vd. quiere, nos dirigiremos allá al momento.

—No, dijo Andrés, esta noche tengo que hacer aquí; pero mañana nos encontraremos á caballo, á la salida de Púcuaro.

Arreglado el lugar de reunion, los dos nuevos amigos se apretaron la mano y se separaron. Berrendo no tenia gana de dormir, y á fin de *matar* el tiempo, entró en una barbería. Ya se comprenderá fácilmente por qué Berrendo, á fin de adquirir mayores informes, entraba á que le rasurasen una barba que no tenia mas que ocho dias.

Mientras el barbero peinaba los negros bigotes del jóven viajero, éste dirijia envidiosas miradas á una guitarra que tenia

casi todas sus cuerdas, y que pendía de un clavo colocado en la pared.

—Maestro, le dijo, necesito esa vihuela esta noche, por unos instantes; ¿me hace vd. el gusto de prestármela, dejándole una prenda de mas valor, se entiende?

—¿Cuál? preguntó el barbero.

Berrendo señaló con el dedo su espada con puño de plata, primorosamente trabajado, despojo ópimo de un campo de batalla, y que al entrar habia colocado en una silla.

—Caballero, dijo el barbero, colocando la espada en el mismo lugar, se la presto á vd. con el mayor gusto, y sin que deje prenda alguna, sin embargo de que esta vihuela tiene para mí un precio inestimable.

Berrendo tomó el instrumento, lo ocultó bajo los pliegues de la capa, y salió de la barbería, prometiendo volver al día siguiente.

II.

LA CAVERNA DE PUCUARO.

Aquella misma noche, eran cosa de las diez, todos los habitantes de Púcnaro dormían, con raras excepciones, y entre otras, con excepcion de la jóven torcedora y de su madre: la puerta estaba cerrada, así como las ventanas, y detras de las rejas de madera, se hallaban las dos mugeres, en uno de los cuartos de la casa, que caía á un jardin, plantado de granados y otros árboles frutales. Era fácil penetrar á aquel jardin, por una hilera de nopales, que se extendía por ambos lados del edificio, y por la parte de la calle.

En ausencia del jefe de la familia, marido de la anciana y padre de la jóven, que servia á la causa de la insurreccion, á las órdenes del general Terán, en el Estado de Oaxaca, las dos vivían con el módico producto de su trabajo de torcedoras; y si la anciana habia manifestado á Berrendo, que era para ella desconocido, tanto desprecio respecto de los insurgen-